

# CUÁN CERCA... CUÁN LEJOS...

## El proyecto original o el Evangelio del Génesis al Apocalipsis

por Alberto Guerrero

Llamamos de esta manera al eje conceptual que hay en los primeros textos bíblicos en Génesis cap. 1 al 3. Este relato poético y figurado, no mítico, ha permeado todo el relato bíblico desde Génesis a Apocalipsis, y tiene una enorme incidencia hasta nuestros días.

Representa una síntesis del amor fraternal de Dios para con el ser humano, su proyecto y propósito constitucional del hombre y la mujer, escogiendo para ellos lo mejor de la creación y mostrando la faceta amorosa del Creador: Dios en la búsqueda del ser humano, hombre y mujer. No hace falta aquí extendernos sobre el hecho de que ambos han sido creados a su imagen y semejanza, con los mismos derechos y privilegios, como así también las responsabilidades.

Gn. 1:28 señala que Dios dialoga con la pareja. Es el primer diálogo del Creador con los creados, y como proyecto y meta les señala enfáticamente que **sean fructíferos y multiplíquense**. A pesar de algunas traducciones, no se puede limitar a pensar que la indicación significa simplemente “tengan muchos hijos”. No haría falta decirlo ante una pareja constituida. La respuesta se encuentra cuando se profundiza el significado etimológico que encierran estas palabras, que pueden hacernos cambiar algunos conceptos heredados y que, por distintas razones, no se ha considerado leerlos de otra manera. La investigación nos lleva a notar que su significado revela cuál era el proyecto del arquitecto Creador, proyecto en el que estaría involucrado Jesús y se extiende hasta nuestros días. Analicemos:

<b>fructificar</b> פָּרָה [parah]	<b>multiplicar</b> רָבָה [rabah]
-fructificar	-multiplicarse, añadir
-crecer	-se infieren nuevas
-madurar	nuevas relaciones
-sean adultos	ante la reproducción

Obsérvese la primera idea que se establece: maduren, crezcan, sean adultos. No hace falta aquí abundar en detalles. Es imprescindible para todo ser humano lograrlo, en especial si se quiere iniciar una pareja y familia y que sea saludable. La falta de salud se comunica y trasmite.

Tal vez la segunda palabra utilizada en el original hay que ampliarla un poco más. Es cierto que hace a la procreación natural y al desarrollo de la pareja en función de la gestación de hijos y vida sexual, pero esa realidad de vida, se quiera o no, genera nuevas relaciones y vínculos. Tener hijos provoca una nueva situación en la misma pareja pues ya nunca más serán dos. Ahora hay una nueva persona entre ellos. Y si miramos hacia adelante en el tiempo a la familia extendida, esa nueva relación incluye abuelos, tíos, y con el tiempo amigos y compañeros. Son todas nuevas relaciones que despierta esa criatura que se gestó y se incorporó a la familia. De esta manera, esta segunda palabra enfatiza no sólo la posibilidad de engendrar hijos, sino el cuidado y atención sobre la madurez de las relaciones y los vínculos.

Por otra parte, podemos señalar que no es casual el orden. Es evidente que la pareja que constituye una familia debe contar con un mínimo de crecimiento y madurez, y no que simplemente tengan relaciones sexuales o que tengan hijos. A lo largo de la historia Dios siempre partió de familias, y en el caso de Génesis está dando claras señales de lo que previamente debe significar la pareja, pues será el sostén para todo el futuro proyecto de la comunidad y el pueblo, como se ve claramente más tarde en el **oye Israel** (el shema) de Dt. 6:4-9.

Pero, ¿adónde había colocado Dios a esta primera pareja para lograr su proyecto original? Pues

en un habitat excelente que conocemos como el **huerto en el Edén...** Note que hemos tendido a pensar que el Edén era un lugar de ensueño y no es así. Dios los puso en un huerto (jardín o mejor oasis) [**gan**]<sup>1</sup> rodeado por una estepa [**edín**].

Ahora bien, después de producirse la caída, en Gn. 3, encontramos que en el v. 8 se destaca la presencia de Dios en una búsqueda cotidiana, que no era otra cosa que dialogar con ellos, como el texto lo enfatiza, cuando dice que **andaba recorriendo el jardín** (la Biblia de Jerusalén traduce la frase **en el fresco de la tarde**). Es el momento del día que, en zonas rurales, se hacen las visitas. Este hacer del Creador con los creados, muestra el deseo de Dios de ir en la búsqueda del ser humano, entrar en diálogo con él, y hacer todo lo necesario para su enriquecimiento espiritual.

¿Qué quiere decir esto último? El crecimiento espiritual se gesta y desarrolla a través de nuestra relación personal con Dios. La profundización de esa relación nos lleva a una comprensión (conocimiento) cada vez mayor de la vida. Es un proceso, y seguro que no es mágico. No se trataba de una experiencia que rápidamente se pudiera adquirir “comiendo una fruta” sin necesidad de Dios (Gn. 3:2). El proyecto pues, incluía la posibilidad de entrar en comunión con el Creador y vivir el proceso de madurez en diálogo con Él. Saber de Dios les permitiría saber de ellos: ¿de dónde venían? ¿quiénes eran? ¿a dónde iban? Todas preguntas existenciales.

Este es el marco espiritual para la relación del ser humano con Dios. Él es quien viene en procura de un encuentro fraternal y formador (Is. 43:1). El Creador toma la iniciativa y viene a la búsqueda del hombre y la mujer. El mismo que les creó, quien les gestó, les colocó en un lugar de excelencia con todos los privilegios y les proveyó de todo lo necesario. Puso delante de ellos todas las oportunidades. Sin embargo, fueron sus decisiones inmaduras las que provocaron la ruptura, por lo que desde entonces y hasta ahora el diálogo y la enseñanza siguen en la misma búsqueda, aunque con otras modalidades.

Las preguntas que aparecen en el relato a continuación, muestran la decepción divina (Gn 3:9; 3:11 y 3:13): **¿dónde estás? ¿quién te enseñó? ¿qué has hecho?**

### UN SALTO EN EL TIEMPO

Lo que se ha considerado más arriba es que el Dios Creador, el Dios Padre, desde el mismo origen de la humanidad tomó la iniciativa de comunicarse con el ser humano para enseñarle a crecer y madurar para la vida. Ese proyecto estaba presente en Jesús. El Dios Hijo vino también a buscarnos para darnos nuevas oportunidades y retomar un diálogo. Es quién vino para morar con nosotros. Nos puso en un “huerto” lleno de opciones y posibilidades de crecer y madurar, de formar familias con la visión y los valores que emanan de Dios. Acaso es exagerado o fantasioso pensar que su “huerto” representa un espacio ideal con condiciones que debieran reproducirse en la misma comunidad o iglesia. Una idea que podemos hacer extensiva al pueblo de Dios, para que podamos aprender y crecer, amar y servir, madurar nuestras relaciones... Mientras esto ocurre, estamos rodeados de una estepa, un mundo vacío de Dios, sin riquezas espirituales y valores tergiversados.

En el pensamiento de Jesús estaba presente que la comunidad, **el jardín**, se integraría con personas de lo más heterogéneas, con toda clase de vivencias y circunstancias, heridas y frustradas, con costumbres y hábitos, formaciones, oficios y situaciones económicas. Vidas rotas y sufrientes que

dejaron jirones de sus vidas en el camino, y que ahora en Jesús tienen acceso a un **jardín**.

¡No hay otro lugar así! Donde la fraternidad y la misericordia, según Jesús, deben darse la mano. Donde la aceptación y el compañerismo, el pastorearnos los unos a los otros, el mirar a los hijos de los otros como a los propios, en fin, esa visión de familia era la primigenia en la creación, fue la que soñó Jesús... y vino a enseñarla con su propia vida.

Si el Evangelio es **Dios con nosotros**, cabe preguntarnos: ¿somos capaces de ver a Jesús caminando entre nosotros –**en el jardín**–? Si las “buenas nuevas” son las mismas de siempre y de todos los tiempos. Si Dios el Padre ha apelado a todos los recursos con el fin de intimar con cada uno de nosotros... Si Jesús mismo mostró esa intimidad que transforma y clarifica, no hace falta indagar o inventar modas.

¡Habrá que escuchar al Señor y caminar con Él por **el jardín**...!

No hay saltos a la riqueza espiritual, hay intimidad, al mejor estilo de Jesús: **Te alabo Padre porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos...** (Lc. 10:21). Es la intimidad que sólo pueden reconocer los que están listos para transitarla, los que pueden dejar la soberbia a un costado del camino, aunque en algunos casos lleve toda la vida conseguirlo. Esta intimidad está escondida a los ojos de “los que saben”, o creen saber. Es una intimidad donde los saberes humanos no cuentan, las “espiritualidades prefabricadas” no sirven, es el espacio y lugar donde podemos quedar en silencio y sentir que una presencia única nos envuelve y se desprende más allá de nosotros mismos. Es una experiencia única, donde conocemos al Creador y cuanto más conocemos, recíprocamente, más nos conocemos a nosotros mismos.

No es una experiencia mística, ni extraña a las Escrituras. Es dejar que Dios nos visite y contestarle con absoluta madurez y paz interior las mismas preguntas que se levantaron en la intimidad del **jardín**: ¿Qué hemos **hecho** con nuestras vidas? ¿Dónde **estamos** en el cumplimiento de las expectativas que tiene Dios de nosotros? ¿Qué hemos **aprendido** y a quién hemos buscado para que nos **enseñe**, y qué?

En aquel lejano huerto se proponía una familia que creciera en una sabia y saludable relación con el Señor y en sus enseñanzas y valores. ¿Acaso no es lo que se espera de la «familia» (iglesia) hoy?

¡Hay un largo peregrinaje desde el comienzo en Génesis hasta el Apocalipsis. También el pueblo cristiano ha tenido hasta aquí un muy largo peregrinaje con aciertos y desaciertos. Por eso es tan importante para esta generación preguntarse **cuán cerca estamos de la expectativa de Dios** y lo que quiere de nosotros.

Finalmente Dios enjugará toda lágrima de todos aquellos que hayan sabido disfrutar **el fresco de la tarde**...! ¡El proyecto de Dios está vigente si podemos dejar los ruidos y adentrarnos en **el jardín de Dios**...!

### Notas

**1 gán:** Palabra sumeria que significa tierra fértil, jardín regado. El texto hebreo dice que este **gán** estaba en **Edén**. **Gán** se traduce en la LXX por *paradysum* (paraíso), jardín. Los lexicólogos más bien, relacionan **eden** con **edín**, sumerio, y el asirio-babilónico **edinú**, que significan estepa. De esta modo, el “paraíso” se considera en el relato genesiaco como un *oasis* en medio de la *estepa*, y de hecho, el hombre es lanzado del **gán** al **Edén**, hacia la hostilidad de la tierra esteparia. M. García Cordero, “Biblia y Legado del Antiguo Oriente”, BAC, Madrid, 1977, pág. 18.